

# Hacia una espiritualidad cristiana de la política

---

*José María Tojeira, S.J.*

## Introducción

Al hablar de una espiritualidad que esté presente en la vida política nos referimos a las dos acepciones de la política. Aquella que nos habla simplemente de la responsabilidad que todos tenemos de colaborar y contribuir a una convivencia pacífica, ordenada al bien común, dialogante y fraterna, y así mismo a la política entendida como acción concreta y parcial vivida desde un partido. Aunque en ambas opciones se necesitan diferentes énfasis, partimos en este artículo de una serie de contenidos de la espiritualidad cristiana que consideramos comunes para ambos modos de vivir el compromiso político.

Indudablemente todos los cristianos estamos llamados a contribuir al bien común y eso, hoy, no se puede interpretar sino como cumplimiento de una responsabilidad en la construcción de la convivencia social, de la polis. En definitiva como aportación política no partidista a una realidad social que es patrimonio de todos y frente a la cual todos somos responsables.

Esta llamada a poner nuestra contribución en la construcción de una política que privilegie la vida y lo específicamente humano dentro de la vida, es tanto más necesaria cuanto que la realidad política de nuestros países centroamericanos está profundamente devaluada. En efecto, no hay encuesta o investigación de opinión pública que se realice que no ponga a los partidos políticos en los últimos niveles de credibilidad. Desde esa percepción de los partidos son muchos en nuestros pueblos los que dan en considerar la política en general como algo sucio, falso, vinculado a la corrupción y a la trampa. Se produ-

ce así un abandono de la responsabilidad política, e incluso de la responsabilidad social básica, que nos hace terminar negando esa realidad honda de nuestra fe que nos dice que todos somos responsables de todos. Y terminamos olvidándonos de que cualquier estructura sociopolítica tiene su origen en personas o grupos concretos y debe evaluarse según el beneficio que aporte a la realidad social. El hecho de que vivamos en sociedades en muchos aspectos fracasadas no debe apartarnos de la política ni desvalorizarla. Al contrario, nos debe acercar a ella con reflexión y creciente interés.

### **1.- El aporte cristiano**

Históricamente el aporte del cristianismo a la política se enraíza en una doble dimensión: La libertad personal que llama a tomar decisiones que transforman la vida individual y la relación con los demás, y la esperanza en un Reino de amor, justicia y paz. La conversión al cristianismo impulsa decisiones que tienen siempre el doble contenido personal y social. La conversión es siempre una llamada a la decisión libre por la que uno elige un camino concreto. Los evangelios están llenos de llamadas que exigen cambio en la vida y orientación vital diferente. El seguimiento del Señor es siempre cuestión de llamada y de decisión libre de responder a la misma. Pero exige siempre un seguimiento que tiene entre sus proclamas la Bienaventuranza y la opción preferencial por los pobres.

Al mismo tiempo la conversión al seguimiento del Señor Jesús se da siempre en Iglesia, en comunidad, y con un estilo de comunidad propio y determinado. Las descripciones en el Nuevo Testamento de la incipiente vida comunitaria cristiana describen un modo de organización social solidario que rompía esquemas y modos habituales de comportamiento social. La comunidad ideal que presenta el libro de los Hechos de los Apóstoles enfrentaba tanto el problema de la pobreza como el de la tendencia a estructurarse socialmente en grupos de poder o influencia. El igualitarismo de los salvados llevará posteriormente a Pablo a decir que ya no hay hombre ni mujer, esclavo ni libre, judío ni gentil.

## 2.- Componentes políticos del cristianismo

Tanto en la conversión personal como en la inclusión comunitaria que de esa conversión se desprende, hay siempre un componente utópico. Desde la seguridad personal de que nada ni nadie “podrá apartarnos del amor de Dios, que encontramos en Cristo Jesús”(Rom. 8, 39), hasta la convicción de que Dios se manifestará definitivamente en un cielo y una tierra nueva, regados por el río de la vida, donde no habrá lágrimas ni oscuridad “porque el Señor Dios derramará su luz sobre ellos y reinarán por los siglos de los siglos”(Apoc. 22, 4).

El cristiano que participa en política, sea buscando el bien común, sea tratando desde un partido de hacer avanzar el bienestar, la justicia, las oportunidades que se derivan de la igual dignidad de las personas, etc., no puede prescindir del contenido utópico que la Palabra del Señor nos presenta. En otras palabras, no hay coherencia entre cristianismo y política si no hay grandes ideales en quienes desean vivir construyendo la polis, organizando y orientando la convivencia social. Ideales que tienen simultáneamente que respetar e impulsar el desarrollo pleno de la persona, así como el ordenamiento social justo y solidario. La doctrina social de la Iglesia, desde sus grandes principios de respeto a la vida plena, destino creacional de los bienes terrenales para disfrute universal, solidaridad y opción preferencial por los más pobres, nos repite los grandes desafíos evangélicos en la propia inserción histórica de los cristianos.

Esta conciencia utópica exige al mismo tiempo capacidad crítica y constructiva. Desde los inicios del cristianismo nos encontramos con la oposición mundo-seguidores de Jesús (Evangelio de Juan)<sup>1</sup>, carne

---

<sup>1</sup> Aunque Juan tiene también una visión positiva del mundo como creación de Dios, al mencionar en particular lo que él llama “este mundo”, se refiere a una realidad mundana opaca que no admite la presencia de Dios en la historia y que incluso persigue y odia a todo aquel o aquello que lo quiere abrir a la trascendencia.

y espíritu (Pablo)<sup>2</sup>, o el doble camino que desde los inicios del cristianismo nos presentaba la Didajé. El enfrentamiento con todo lo que deshumaniza, oprime, margina, excluye al ser humano de los bienes de la creación, o reduce su propia dignidad, ha sido un elemento característico de quienes han tratado de vivir con coherencia el Evangelio. Y el choque con el mundo que se absolutiza a sí mismo de muy diversos modos, una constante. Tiene razón G.Vattimo al decir que “en lugar de presentarse como un defensor de la sacralidad e intangibilidad de los Valores, el cristiano debería actuar, sobre todo, como un anarquista no violento, como un deconstructor irónico de las pretensiones de los órdenes históricos, guiado no por la búsqueda de una mayor comodidad para él, sino por el principio de la caridad hacia los otros”<sup>3</sup>.

Esta capacidad crítica tiene hoy sus aplicaciones imprescindibles. Los antiguos cristianos se negaban a reconocer al César como el señor de la historia. Hoy sin embargo vivimos con frecuencia despreocupados ante quienes se quieren convertir en dueños de la realidad intrahistórica. El mercado, construcción humana, o el capital, conjunto de bienes materiales acumulados, no pueden hoy convertirse en dueños de la historia que nos ha tocado vivir. Como tampoco la ciencia o la pura razón. La oposición del político cristiano a cualquier tipo de imposición autoritaria de modelos de desarrollo debe ser radical. Si “la primera tarea de los intelectuales debería ser la de impedir que el monopolio de la fuerza se convierta en el monopolio también de la verdad”<sup>4</sup>, la primera tarea del político cristiano es comprometerse a que los cambios necesarios de nuestras sociedades vengan desde el interés y las necesidades de los más pobres.

---

<sup>2</sup> La carne, correspondiente en Pablo al hombre viejo, corresponde a la realidad de un mundo personal sin espíritu, condenado a la nada y al fracaso. Aunque en ocasiones utiliza el término mundo en sentido negativo, Pablo reconoce en la creación un permanencia del espíritu que hace esperar con anhelo la manifestación de los Hijos de Dios.

<sup>3</sup> Gianni Vattimo, Creer que se cree, pg 116, Barcelona, 1996

<sup>4</sup> Norberto Bobbio, La duda y la elección, pg.72, Barcelona 1998

Para el cristiano el único Señor de la historia es Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, palabra última y definitiva de Dios en el acontecer humano. Pero también ser humano que asumió desde dentro del mundo de los pobres, y desde el debajo de la solidaridad total con los excluidos, los problemas que la humanidad debía resolver.

Desde esta capacidad crítica el cristianismo tiene que proponer y desarrollar sus propias construcciones sociales. Sabiendo además que no es precisamente el éxito, aunque políticamente deba buscarse, el que da sentido a su trabajo, sino la dedicación y el amor al prójimo que le motiva. En efecto, impulsar la historia hacia la utopía del Reino puede pasar con frecuencia por la cruz. Pero incluso el fracaso, si es parte del testimonio amoroso a una humanidad expectante de mayor justicia y libertad, tiene sentido y hace avanzar la historia de Dios. Pensar que Monseñor Romero fracasó porque no pudo evitar la guerra civil que se avecinaba en El Salvador, puede ser una conclusión simplista, viendo las intenciones del pastor y los resultados históricos concretos. Ni siquiera su muerte, que fue un ejemplo pacifista de cómo se debe enfrentar una situación de injusticia, tuvo la virtualidad de frenar la catástrofe de la guerra. Sin embargo, la vida y muerte de Mons. Romero continúa siendo una llamada a humanizar la situación retante de un mundo en el que domina la injusticia. Incluso 23 años después de su muerte, en una exhortación apostólica del Papa Juan Pablo II dirigida a los obispos, se les exhorta a ser como Romero ante situaciones de crisis. Al hablar de los retos de la actualidad, caracterizados por una “guerra de los ricos contra los pobres”, el Papa no duda en exigir a los obispos que sean personas impregnadas del radicalismo evangélico, padres de los pobres, defensores de los derechos humanos y “voz de los sin voz”<sup>5</sup>.

Desde este realismo, que incluye la cruz como camino de realización de la presencia y los valores del Señor en la histo-

---

<sup>5</sup> Pastores Gregis, números 66 y 67

ria, el político debe proponer nuevos esquemas de convivencia ciudadana, de construcción social de la realidad, desde los valores del evangelio. Las dos grandes tradiciones políticas, inspiradas en la libertad humana o en la dimensión comunitaria de la persona, coinciden con esta misma doble realidad evangélica que inserta el valor supremo de la persona humana en una comunidad solidaria. Los fracasos de los modelos concretos de convivencia, o simplemente las necesidades de adaptación al desarrollo de la persona humana y de todas las personas humanas, que van creciendo en conciencia de su propia dignidad, exigen propuestas permanentes, bien sean de cambio o de adaptación a nuevas necesidades y crecimiento de la conciencia. El cristiano que participa en política debe ser por ello no sólo crítico, sino también autocrítico. Permanecer atento a las necesidades de las personas, formarse adecuadamente en ciencias sociales, consultar, debatir, resulta imprescindible para no terminar anclado en ideas que ya no respondan a la realidad. Enraizarse en la realidad, permanecer en cercanía a los pobres, estar atento a sus luchas y reivindicaciones, presentar modelos que orienten el horizonte de los deseos de las mayorías pobres, son caminos posibles para el cristiano y su compromiso sociopolítico.

Dentro de esta llamada al realismo, que debe combinarse siempre con el anhelo utópico, la actitud de servicio debe ser fundamental. Las tentaciones de estrellato y protagonismo serán muchas, máxime en una sociedad política que privilegia la imagen frente a la realidad. El cultivo de la propia imagen lleva siempre a creerse una parte de la misma, a ofenderse cuando por alguna razón se la golpean, a cultivarla desde el poder más mediáticamente que con hechos. En política, como en todas las dimensiones de la vida humana, no hay nada bueno que no pueda corromperse. La actitud de servicio sin discriminaciones, empeñarse en la solidaridad con los demás, dándole a ésta más importancia que al éxito o al fracaso, es el único camino que garantiza la permanencia coherente, y no palabarrera, de la dimensión utópica.

La dimensión utópico-profética del cristiano que quiere comprometerse políticamente en la construcción de la polis pasa siempre por la propuesta. Una propuesta que parte de la realidad tanto de las personas concretas con las que se convive como de las estructuras funcionales de cada sociedad. Pero que intenta a partir de las convicciones más profundas de la fe cristiana, transformar estructuras sociales que nieguen valores inherentes a la persona. No porque crea que las estructuras deben transformarse antes que los corazones, sino porque en política se trata de ordenar la sociedad de tal manera que estructuralmente no haya en la propia organización social trazas de explotación, marginación, abuso o exclusión de personas. En su vida cristiana el político deberá preocuparse por su propia santidad individual, e incluso, en su participación eclesial, por la de sus prójimos. Pero en cuanto político le corresponde especialmente construir una sociedad donde el pecado personal influya lo menos posible en la estructuración de la vida social. En otras palabras, construir una sociedad en la que las estructuras de convivencia posibiliten cada vez más un rico desarrollo de lo humano y no impulsen ni a considerar inferiores a otros, ni simplemente a forzarles o empujarles a que sean ciudadanos de segunda categoría.

### **3.- Propuestas para la construcción política cristiana**

Entre las propuestas generales, y a modo de ejemplo, mencionamos dos. Una la del P. Ellacuría, cuando hablaba de la civilización de la pobreza. Y otra, más genérica y que brota de la lectura de diversos autores, que llamaríamos democracia radical. Servirán para orientarnos el por dónde debe caminar hoy la búsqueda de nuevas alternativas.

Ellacuría gustaba hablar de la necesidad de crear un nueva civilización, que él llamaba de la pobreza. Partía del hecho de que hoy en día, tras el triunfo económico y político del capitalismo, la tendencia mundial camina hacia una cultura y una civilización en la que los valores del capital tendían a imponerse como bienes humanos prioritarios, cuando no únicos. El culto a la riqueza, el considerarse de más valor en la medida

en que se tiene más (hacer depender el ser del tener), el afán de lucro como camino de autorrealización, el pragmatismo económico que convierte los fines (persona, fin de la economía) en medios, son modos concretos de proceder que tienden a imponerse como connaturales a la realidad humana. Quien las critica suele ser tachado de comunistoide, partidario de ideas atrasadas, etc.

Frente a esto Ellacuría propone lo que él llama la civilización de la pobreza. Una civilización basada en el predominio del trabajo sobre el capital, que se llama precisamente de la pobreza, porque el trabajo es tanto el medio más universal de sobrevivencia, como el único instrumento de autorrealización, esperanza y futuro de los pobres. El trabajo es parte del ser humano, definitorio de su propia realidad (homo faber, como la dimensión práctica del homo sapiens, inseparables ambas), y fuente de humanización permanente, incluso en medio de las grandes alienaciones a las que históricamente se ha visto sometido.

Aunque Ellacuría no desarrolló ampliamente esta última intuición, su definición de la misma aparece clara en el siguiente texto: "La civilización de la pobreza -citamos palabras de Ellacuría- propone, como principio dinamizador, frente a la acumulación del capital, un trabajo que no tenga por objetivo principal la producción de capital, sino el perfeccionamiento del ser humano. El trabajo, visto a la par como medio personal y colectivo para asegurar las necesidades básicas y como forma de autorrealización, superaría distintas formas de auto y hetero-explotación y superaría, así mismo, desigualdades no sólo hirientes, sino causantes de dominaciones y antagonismos"<sup>6</sup>. Organizar la sociedad de tal manera que el trabajo humano sea enriquecedor de las propias dimensiones humanas, en vez de un signo de alienación o explotación, sería el reto político de esta nueva civilización.

---

<sup>6</sup> Ignacio Ellacuría, Utopía y profetismo desde América Latina, Escritos Teológicos II, pg 275, San Salvador 2000



En otra dimensión más política, encontramos lo que llamaríamos proyecto de una democracia radical. Aunque el término democracia ofrece una serie de acepciones diferentes, la interpretamos acá como la combinación creativa de libertad personal, respeto a la igual dignidad de todo ser humano y solidaridad permanente frente a de toda diferencia entre personas que pueda constituirse en deshumanizadora. En ese sentido, el político que quiera hacer su papel desde cualquier partido en el que se encuentre, deberá luchar denodadamente en favor de todo aquello que aumenta la dignidad de la persona, sus oportunidades de desarrollo humano iguales, su nivel de vida digno y un ambiente laboral en el que el trabajo sea realmente humanizador y contribuya a la autorrealización personal y familiar.

Es evidente que esta lucha y compromiso de construir una sociedad más humana, y construirla consistentemente, mirando especialmente a aquellos que son o están excluidos de las posibilidades de humanización permanente, no es fácil. Y que se necesita una resistencia especial para mantenerse fiel a unos ideales que chocan contra una buena parte del funcionamiento actual de nuestro mundo, o contra la indiferencia de quienes viven bien y ajenos a las cruces de los demás. Aunque es cierto que “únicamente la necesidad puede inducir a construir una casa dorada, pero rodeada del desierto o la degradación”<sup>7</sup>, también es cierto que la necesidad se ha convertido en virtud dentro del día a día de la política mundial. El hambre, las guerras, las enormes diferencias norte-sur, reproducidas incluso al interior de los países pobres, nos muestran una perspectiva desalentadora.

Como diría San Agustín, hoy conviven la Ciudad de Dios con la ciudad del mundo. Nuestras sociedades (incluida la Iglesia, santa y pecadora) son “civitates permixtae”, ciudades mezcladas. Donde la ciudad de Dios y la terrena pugnan. Y resistir, especialmente en la construcción de la sociedad democrática,

---

<sup>7</sup> Benedicto XVI, Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz, 2009

construyendo aproximaciones a la Ciudad de Dios, sin garantía de llegar al horizonte en el que y hacia el que nos queremos mover, asaltados por tentaciones, dificultades, incomprensiones e, incluso, persecuciones, no es tarea sencilla. Por ello debemos elaborar muy brevemente no sólo los términos de una espiritualidad cristiana, en la que ciertamente la reciedumbre, lo profético, la solidaridad y la entrega tienen que estar presentes, sino también los rasgos individuales de esa espiritualidad en lo que podríamos llamar el cultivo del día a día.

#### **4.- Los rasgos individuales del político cristiano**

El cristiano que quiera dedicar una buena parte de sus energías a incidir en la política del bien común, o en la política partidista, ambas relacionadas en nuestras democracias, tiene que, en primer lugar, que cultivar intensamente de su propia interioridad. La pura exterioridad, el trabajo sin detenerse a reflexionar, la incapacidad de convertir el diálogo, el encuentro con los demás y la conversación en parte de la propia interioridad, meditada y saboreada en la intimidad del propio yo, hace que los buenos deseos se conviertan con frecuencia en parte de negociaciones en las que llevan la mejor parte los de siempre. La actividad sin pensamiento y reflexión termina dejando, en el mejor de los casos, avances aparentes, sin cambios radicales. O en el peor de los casos, desengaños y frustraciones, o incluso engaños autocomplacientes en el que uno se coloca como protagonista de unos cambios mínimos que, supuestamente, no se hubieran podido lograr sin la participación del político bien intencionado.

El caso típico lo podríamos ver en El Salvador, donde un grupo de políticos e intelectuales se atribuyen a sí mismos la paz que terminó con la guerra civil, sin reconocer que dicha paz pudo llegar a ser gracias a tanta gente inocente que murió buscándola y a tantos otros que, desde sus propias responsabilidades sociales, presionaron a quienes estaban en guerra para que llegaran a un acuerdo. Esta paz sin reforma socioeconómica, que deja en la exclusión a una buena parte de los salvadoreños, tiene mucho de miserable. No es la paz que querían

los mártires, o los campesinos masacrados, o sobrevivientes como Mons. Rivera y tantos otros y otras. Ha sido una paz sin los frutos plenos de la paz. Que si bien hay que proteger y profundizar, no puede llevarnos al orgullo de ser los firmantes, o a pretender convertir los tratados de paz en una especie de distinción individual indeleble y justificadora de las irresponsabilidades que dentro de la misma construcción de la paz se han venido dando.

Interioridad, pues, unida al cultivo de la sabiduría verdadera, que lleva siempre a compararse con el más allá y con el ideal utópico, y a reconocerse como simple instrumento y peña hacia algo siempre mejor y mejorable. En otras palabras, el político cristiano necesita ser una persona orante, que busque a su modo el encuentro místico con el Señor en el prójimo y en la proximidad que se desarrolla y crece desde unas estructuras de convivencia social, cultural y económica, que sean igualitarias y participativas. No encontrará nunca la perfección absoluta y por eso debe ser pragmático. Pero simultáneamente tiene que mantener el espíritu de la utopía presente, y con él la capacidad crítica y autocrítica. Tiene que solidarizarse con los problemas de los demás, incluso con medidas incompletas, pero buscando insistentemente la solución del problema estructural. Como decía San Agustín “aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable, con todo y eso, más quisiera él, si es legítima y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de qué compadecerse”<sup>8</sup>.

Para lograr esa capacidad de síntesis, el político debe contrastarse personal y permanentemente con el Evangelio y con su comunidad de fe. Solo así alcanzará esa capacidad de combinar la profecía y la dimensión utópica con el lento caminar del día a día sin perder la esperanza. Esta sería la primera cualidad del político que quiera ser fiel a sus convicciones cristianas adultas.

---

<sup>8</sup> Confesiones, Libr III, cap. 2

Al espíritu utópico debe unir y cultivar la capacidad de resistencia. La política tiene unas dimensiones prácticas terriblemente duras. El dinero, la influencia, la posibilidad mediática de crear una imagen falseada puede ser el pan de cada día. Las alianzas, muchas veces necesarias pero que exigen concesiones, las traiciones de los supuestamente amigos, desgastan y debilitan. Las tareas políticas, por otra parte, conllevan en general frutos que sólo se perciben en el largo plazo. El éxito y el prestigio pueden venir durante el tiempo que el político tenga influencia y poder, pero si no hay resultados a largo plazo, el éxito puede convertirse en simple hojarasca arrastrada por los diversos vientos que suelen azotar el complejo mundo de los partidos. Trabajar para el largo plazo, sin tener como prioridad el permanecer en la cúspide de las encuestas o en la primera página de los periódicos, requiere una especial fortaleza de espíritu.

Si quisiéramos evaluar a Jesús de Nazaret como político, no tendríamos más remedio que hablar de fracaso. Sin embargo ningún mensaje profético ha tenido la misma creatividad y universalidad a la hora de construir modelos tan diferentes de convivencia, tanto social, religiosa o política. Lo que hoy llamamos democracia debe una buena parte de su realidad al cristianismo heredado de Jesús. El filósofo Xavier Zubiri no duda en decir: “La metafísica griega, el derecho romano y la religión de Israel (dejando de lado su origen y destino divinos) son los tres productos más gigantescos del espíritu humano. El haberlos absorbido en una unidad radical y trascendente constituye una de las manifestaciones históricas más espléndidas de las posibilidades internas del cristianismo”<sup>9</sup>. Esta fuerza histórica de síntesis a la que alude el filósofo, fue desencadenado por un hombre que manifestó a lo largo de su vida una impresionante libertad. El cristiano que quiera hoy incidir en política desde su propia realidad creyente, y, por supuesto, desde la autonomía de la realidad, debe mantenerse como persona libre. Libre para opinar en contra y para ser fiel a sus convicciones, aunque le lleven aparentemente al fracaso. Libre para seguir su concien-

---

<sup>9</sup> Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia y Dios*, pg 5

cia por encima de cualquier conveniencia. Libre para poner sus intereses en la gente, y especialmente en los más pobres o excluidos, a pesar de los cantos de sirena de los aduladores y poderosos. Libre incluso para dar testimonio de vida y de pensamiento en coherencia con la razón de su esperanza.

Finalmente, esta persona con interioridad, fortaleza y libertad debe ser especialmente dialogante. Sólo el diálogo abre posibilidades reales de futuro. Se ha repetido con frecuencia que la política es “el arte de lo posible”. Pues bien, ese arte de hacer posible la novedad, la esperanza y el bienestar, solo se construye desde la escucha atenta a las necesidades y esperanzas de los seres humanos, desde el discernimiento de lo escuchado y desde la propuesta personal, apoyada por supuesto en técnicos y especialistas, que responda a las inquietudes compartidas y dialogadas. Lo posible no responde a un posibilismo pragmático de quien busca quedar bien con todos. Más bien es el resultado de la creatividad de quien sabe, desde el diálogo, descubrir las tendencias humanizadoras, o deshumanizantes, que se encierran en las distintas posiciones escuchadas.

## **Conclusión**

Se ha dicho también que la política puede convertirse en una forma especialmente intensa de la caridad cristiana. Es evidentemente cierto, pero requiere interioridad y apoyo. Así como un enorme respeto de quienes, desde la religión o la acción social, tienen sus propias ideas y convicciones. La política es también ciencia y no puede estar sujeta ni al filósofo ni al teólogo, aunque el pensamiento de éstos sea una de las partes imprescindibles que tiene que tener en cuenta el político en su diálogo con la sociedad. En particular, las Iglesias tienen que convencerse de que la formación que puedan dar a sus miembros como posibles responsables políticos, incluye la formación para la autonomía. Cualquier intento eclesiástico de formar para la propia conveniencia o mantenimiento de privilegios llevaría automáticamente a formar políticos fracasados. La afirmación de Juan el Bautista, “es necesario que él crezca y que yo disminuya” (Jn 3, 30) es perfectamente aplicable a la formación en política que eclesiásticos, filósofos o demás teóricos puedan dar.